

dilatándose como un círculo que se amplía en la superficie de una agua tranquila, hasta que, del centro del presente, rozó en las breñas del pasado y en las florecillas del porvenir.

El pasado!

Hacía tiempo no había tenido un despertar tan dulce. No, nunca! Sino que con la luz del día, había oído siempre una voz imperiosa que clamaba, haciéndolo estremecerse: «Levántate, hombre que vagas solo en la vida! Levántate a amasar tu pan, pues no hay nadie que cuide de tí!»

Se estremeció, y en el mismo instante, oyó allá afuera una voz femenina, juvenil, que daba órdenes a la servidumbre y decía:

—Acuérdense de que está aquí Andrés.

Era Soledad, que se preocupaba por él. Y él pensó:

— Ya hay quienes se inquieten por mí. Ya tengo yo para quiénes vivir.

Le absorbió la imagen de su hermana: la hallaba elegante, simpática, digna; una señorita completa, con cierta gravedad heredada de la madre.

—Amará a alguien? se preguntó Andrés.

Con estos y otros pensamientos volvió a adormecerse. Y un rato después

soñó que alguien con pasos acallados iba acercándose a su lecho, y se detenía ante él. En su sueño pensó que se encontraba en un hospital de Curazao, donde había estado próximo a morir. Y se dijo: «Es la hermana de la caridad, que a media noche viene sin que nadie la sienta, y en silencio, con las manos metidas en las anchas mangas, observa a los enfermos».

Pero volviendo del lejanísimo sueño, sintió que realmente había alguien al borde de su cama. Abrió los ojos, y se encontró con los de su madre, que lo envolvían en una mirada de inmensa ternura.

Era ella la que había entrado en puntillas, y como si fuera una madre joven ante una cuna, desde hacía rato estaba absorta contemplando a su hijo, adorándolo.

El sonrió ante aquellos ojos amantísimos, pero fué sobrecogido por una pena aguda, al ver ese rostro pálido y marchito, donde habían dejado sus huellas los años y el dolor.

La madre trazó en el aire, lentamente, la señal de la cruz sobre Andrés.

El tomó con respeto la mano que lo bendecía, y la besó.

*Isaias Gamboa*

## El origen

—¿De dónde vine? ¿en dónde me recogiste? preguntaba el niño a su madre.

Y entre risas y suspiros le contestó, oprimiéndole contra su pecho:

—Estabas escondido, como mis deseos, en mi corazón. Estabas con las muñecas de mi infancia, y cuando con barro moldeaba la imagen de mi Dios cada mañana, eras tú el que hacía y deshacía por placer. Estabas en el mismo altar que nuestra divinidad familiar. Adorándola te adoraba a tí. Has vivido en todas mis esperanzas, en todos mis amores, en mi vida, en la vida de mi madre. Te has nutrido en la devoción del espíritu inmortal que nos precide. Cuando era joven y soltera, mi alma abría sus pétalos como un

perfume, al rededor del cual flotaba tu espíritu. Tierno y débil florecías en mi interior, como una luz en el cielo antes de nacer el sol. Favorito del cielo, hermano de la luz matinal, flotaste en la corriente de la vida universal, para caer, por último, en mi corazón. Cuando te contemplo, me asalta el misterio. Tú perteneces a todo lo que es mío. De miedo de perderte, te oprimo contra mi pecho. ¡Qué prodigio misterioso permite a mis débiles brazos ceñir, el tesoro del mundo!

*Rabindranath Tagore*<sup>1</sup>

(1) El celebrado poeta indio a quien le fué concedido el premio Nobel.  
(De *Mundial*, revista de venta en la «Lectura Barata»).